



EL QUIJOTE Y LA CULTURA ESCRITA: EL SALTO DEL DICHO AL HECHO

Megan Gibbons

Cervantes: Don Quijote, Profesor Francisco Layna

Primavera, 2005

Uno de los muchísimos refranes de Sancho Panza que encontramos en *Don Quijote de la Mancha* es “del dicho al hecho hay gran trecho”(II: 532).¹ En este contexto Sancho le avisa a don Quijote que la aventura para rescatar a don Gregorio ya está delegada en el renegado español. Lo que Sancho reconoce es que la distancia entre el deseo (el dicho) y la realidad (el hecho) suele ser muy difícil de alcanzar. Las palabras habladas—en este caso los pensamientos y los deseos de don Quijote—no contienen en sí el poder para cambiar la realidad. Puede ser que las palabras sean importantes para don Quijote mismo, pero esta importancia individualizada no supone una transformación radical “del dicho al hecho.” Es decir, las palabras siguen siendo expresiones no sólo hipotéticas sino también transitorias. De hecho, vemos que don Quijote nunca vuelve a hablar más de ese deseo suyo de ser el liberador de don Gregorio. Una vez dicho, las palabras siguen su trayectoria elusiva y no ponen en efecto ningún cambio tangible. Aun así, el “gran trecho” entre el deseo y la realidad no siempre es insuperable. En la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* a través de las cartas de Sancho y su mujer, y a través del libro del “falso” don Quijote, descubrimos que la *escritura* es

¹ Todas las citas de Cervantes son de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, 2 vols. (Madrid: Castalia, 1978).

el vehículo que permite a veces una fusión entre lo dicho y lo hecho, y también entre el deseo y la realidad. Es la escritura que convierte la palabra hablada (lo efímero) en un objeto (lo material). Lo que antes era dudoso por su carácter abstracto, ahora es fiable precisamente por su carácter concreto. Pero fiable no quiere decir verdadero. Esta distinción es la que destaca el gran poder de la escritura. Según Castillo Gómez, “el poder inherente a la escritura hizo de ella un instrumento eficaz para la información, la administración, el gobierno y la propaganda.”² Una investigación de las cartas de Sancho y Teresa, y del libro del otro Quijote, va a mostrar este “poder inherente” de la escritura tanto por su aspecto comunicativo como su aspecto propagandista.

Antes de analizar los ejemplos textuales de *Don Quijote*, sería útil centrarnos un poco más en el uso de la escritura de la época. Primero, debemos recordar que durante este periodo muchos no saben ni leer ni escribir. Sancho y Teresa son los ejemplos perfectos. El analfabetismo común en este mundo es lo que destaca Castillo Gómez cuando dice que “Teresa no sabía efectivamente ni escribir ni leer, y en eso no desentona de la realidad en la que se encontraron muchas otras personas de su tiempo, la mayoría, en particular las que vivían en los pueblos, pertenecían a las clases populares y las mujeres, los tres factores que más incidieron en la distribución social de la alfabetización.”³ Sancho también menciona varias veces que “sabe” poco, y una vez dice, “yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar” (II: 321). Los Panzas reflejan bien el mundo rústico retratado en el libro, pero aun dentro de este contexto es evidente que la escritura ya está bien establecida. Sucede que ellos mismos no pueden escribir

²Antonio Castillo Gómez, introducción, *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, escrito por Antonio Castillo, comp. (Barcelona: Gedisa editorial, 1999) 27.

³ Castillo Gómez 21.

sus propias cartas, por ejemplo, pero sí que entienden su importancia y saben cómo utilizarla para resolver sus necesidades. Cuando Teresa necesita responder a la carta de su marido, da “un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual, le escribió dos cartas, una para su marido y otra para la duquesa” (II: 424). Y cuando Sancho está gobernando su ínsula y necesita “leer” la carta del duque, sabe suficiente para preguntar, “¿Quién es aquí mi secretario?” (II: 390). Está claro que ambos personajes tienen un conocimiento mínimo del mundo de las letras. Esta falta de conocimiento también es algo característico del periodo según Castillo Gómez:

Los discursos de las elites políticas y culturales sobre el acceso a lo escrito, incluso los aparentemente más abiertos, reiteraban que la adquisición de la escritura y la práctica de la lectura no tenían por qué ser iguales para todos; y, aunque admitían la ampliación de la primeras letras a las clases populares, eso no significaba que éstas tuvieran acceso a los mismos niveles de conocimiento y saber que los sectores más acomodados.⁴

Lo que merece nuestra atención en este momento es el hecho de que ese “acceso” a la escritura no constituye sólo la literatura—y de ahí, los libros—sino también las cartas personales, los mensajes oficiales, etc. El uso polivalente de la escritura, sin embargo, no precisa un público “educado.” De hecho, la exposición a las varias manifestaciones de la escritura depende hasta cierto punto de ese “nivel de conocimiento” de cada individuo. Entendemos que Sancho y Teresa no están muy familiarizados con la literatura, pero sí han estado expuestos a la escritura. Por eso, su uso (o sea su recurso a la escritura a través de otros que sí saben cómo leer y escribir) implica un reconocimiento del poder de la palabra escrita.

⁴ Castillo Gómez 24.

La relación entre el individuo y la escritura también tiene mucha importancia en el mundo de *Don Quijote*, y por eso debemos definir precisamente qué es un autor. Roger Chartier explica que la “transformación de la palabra poética ritual en un monumento literario” lleva consigo la “necesidad de atribuirle un autor.”⁵ Esta noción del “autor” nos interesa mucho porque de ahí llegamos a la cuestión de autoridad. En otras palabras, vemos que esta necesidad de nombrar el autor implica otra necesidad, la verificación de la autenticidad de la escritura. Foucault habla de los márgenes de los textos y cómo un autor marca lo que constituye el texto mismo.⁶ Cada texto está dirigido a un lector, y más aún, cada texto tiene su propio sistema de reglas internas, las cuales formulan no sólo el contenido del texto sino también la presentación de tal. Dice que el nombre del autor “serves to characterize a certain mode of discourse: the fact that the discourse has an author’s name, that one can say ‘this was written by so-and-so’ or ‘so-and-so is its author,’ shows that this discourse is not ordinary everyday speech that merely comes and goes, not something that is immediately consumable.”⁷ La importancia dada al nombre del “autor” está bien reflejada en la segunda parte de *Don Quijote*. El prólogo empieza así: “¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona!” (II: 33). Aunque el nombre propio del “autor del segundo” no aparece aquí, está claro que hay un esfuerzo por parte del autor del “primero” *Don Quijote* para diferenciar entre los dos autores. Cuando uno se refiere al personaje del Quijote, importa

⁵Roger Chartier, *Entre poder y placer*, trad. Horacio Pons, cap.VI. (Madrid: Cátedra, 2000) 112.

⁶Estas referencias a Foucault pertenecen al libro de Rabinow, *The Foucault Reader*.

⁷Michael Foucault, *The Foucault Reader*, Ed. Paul Rabinow (New York: Pantheon Books, 1984) 24.

mucho si se habla del Quijote del primero o del segundo autor. Esta preocupación por saber el nombre propio del autor es algo bastante nuevo en el mundo de nuestro libro, y don Quijote mismo habla de “la segunda parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada luz del mundo por un autor moderno” (II: 576). Chartier parafrasea bien la definición de Foucault del discurso moderno cuando dice que lo está caracterizado por “el concepto de obra, con sus criterios de unidad, coherencia y fijeza; la categoría del autor, que hace que la obra se asigne a un nombre propio; y por último, el comentario, identificado con el trabajo de interpretación que saca a la luz la significación.”⁸ Para nuestro enfoque, basta decir que en el mundo de *Don Quijote* esta asignación de un nombre propio a un texto escrito tiene muchísima importancia. Por eso, aunque Foucault no debería haber dicho que una carta privada tuviera un “autor,”⁹ me gustaría ampliar su definición un poco ya que las cartas en el libro tienen por qué tener nombres propios precisamente para comprobar su autenticidad. Es importante notar también que las cartas de Sancho y Teresa dirigidas a don Quijote y a la duquesa demuestran una voz no necesariamente más culta, pero sí más preocupada por el cumplimiento de las reglas “discursivas” y estéticas.

Si empezamos con la carta de Teresa a la duquesa, vemos inmediatamente que Teresa quiere ser muy respetuosa con ella. Hay una progresión de alabanzas implícitas que empieza con “señora mía,” y que sigue con “señora de mi alma” y “vuesa alteza,” para concluir con “vuestra pomposidad” (II: 436-437). Vemos también a través de una cláusula subordinada, por ejemplo “con licencia de vuesa merced” (II: 437), que Teresa intenta ser muy deferente con

⁸ Chartier 112.

⁹ Foucault 108.

la duquesa desde el inicio de la carta hasta al final. La carta de Sancho a don Quijote demuestra algunas consideraciones estéticas parecidas. Por ejemplo, encontramos el uso excesivo otra vez de “vuestra merced” (por lo menos diez veces), y el reconocimiento inherente de la sabiduría de don Quijote en una frase como “como vuestra merced me lo aconseja” (II: 430-432). La encomienda a Dios de don Quijote al final de la carta también destaca la estima con la que Sancho le trata. Por todo ello, estas cartas de Sancho y de Teresa demuestran su preocupación por la expresión adecuada a través de la palabra escrita. El hecho de que no son ellos mismos escribiendo las cartas no hace falta; nos encontramos aquí con los primeros ejemplos de esa ya mencionada fusión entre el deseo y la realidad. Sancho y Teresa desean ser refinados pero la realidad es que no son.

Otro aspecto interesante en cuanto a las cartas de Sancho y Teresa es la verificación de la “verdad” a través de las cartas mismas. Dicho de otro modo, las cartas comprueban la realidad precisamente porque son objetos concretos. En su artículo sobre *Don Quijote* y la lectura de romances Spiller describe la importancia material de las cartas privadas, y dice que “they become insistently physical objects.”¹⁰ Es este carácter tangible de la escritura que hace posible una prueba de la legitimidad de lo que está contado, o sea, de lo que está escrito. Algunos ejemplos nos servirán para ilustrar el punto. En su carta a Sancho, Teresa habla de su sorpresa por haber descubierto que su marido ya tenía una ínsula, y dice “el vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y, con todo eso, creía y pensaba que era todo

¹⁰ Elizabeth Spiller, *Cervantes avant la Leerte: The material transformation of romance reading culture in Don Quijot*, *Modern Language Quarterly*, 60.3 (1999): 298. *Proquest*, 26 Ab. 2005 <<http://proquest.umi.com/pqdlink>>.

sueño lo que veía y lo que tocaba” (II: 438). El instinto de Teresa le provoca desconfiar de las noticias de su marido, pero “las cartas en las manos” no pueden ser ignoradas. Por su parte, el cura y Sansón Carrasco también cuestionan la veracidad de la situación de Sancho y la ínsula. El cura lee las cartas “de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el cura se miraron el uno al otro, como admirado de lo que habían leído, y preguntó el bachiller quién había traído aquellas cartas” (II: 420). Otra vez vemos la desconfianza de los lectores de lo que están leyendo, pero al final no pueden rechazar lo que está allí en sus manos. Tenemos aquí un buen ejemplo de lo que Chartier dice es una “identidad, materialmente manifestada, entre una unidad textual, garantizada por el nombre propio, y una unidad codicológica, visible en la materialidad del libro.”¹¹ Está claro que hablamos de unas cartas en vez de un libro, pero la conexión entre “materialidad” y “nombre propio” es lo que nos importa. El nombre de la duquesa, por ejemplo, verifica la importancia de las palabras escritas a la vez que la materialidad verifica la existencia de la duquesa. A continuación es verdad que la ínsula es una ficción, pero como consecuencia de la presencia física de las cartas de la duquesa, Sancho, y Teresa, la ficción convierte en una verdad para, sobre todo, Teresa. La palabra escrita es el puente entre estos mundos tan distintos.

Ahora estamos listos para hablar un poco de la doble función de la escritura en este contexto. Los propósitos de la duquesa son propagandísticos mientras que los de Teresa y Sancho son informativos y comunicativos. La confluencia del mundo de la corte de los duques con el de Sancho y Teresa tiene dos planos de interpretación. Por un lado las cartas son el vehículo para llevar a cabo los objetivos propagandísticos de los duques. Por otro lado las

¹¹ Chartier 103.

cartas desembocan en un sueño cumplido—y de ahí el intercambio de sorpresa, alegría, e ilusión—para Sancho y Teresa. Estos planos distintos revelan la ingenuidad de los Panzas y al mismo tiempo la crueldad de los duques. Descubrimos que la duquesa “no se le cocía el pan...hasta leer su carta” (II: 436). Es decir que ella espera con mucha ilusión la risa que la carta le iba a provocar. Resulta, entonces, que la duquesa utiliza la escritura para seguir engañando a los Panzas y para satisfacer sus deseos personales. En cambio, la despedida de Teresa—“la que tiene más deseo de ver a vuestra señoría que de escribirla” (II: 437)—demuestra un uso de la escritura mucho menos desarrollado, de modo que éste provoca incertidumbre en vez de placer. Es interesante notar que la intersección de estos planos crea una realidad-ficticia al mismo tiempo que crea una ficción-realista. Por todo eso, el poder de la escritura es muy evidente en estos ejemplos epistolarios.

Lo que vemos al final de la segunda parte de *Don Quijote* en cuanto al “segundo” Quijote es otro ejemplo de esa mezcla realista-ficticia. En la siguiente cita, surge una vez más la influencia de la materialidad y el nombre propio del autor:

don Juan quisiera que don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. (II: 489)

Primero, descubrimos que el mero tocamiento de este libro “falso” produce una repugnancia física en don Quijote. En otras palabras, el libro como un objeto concreto tiene un poder inherente para afectar a sus lectores. En segundo lugar, este libro siempre está mencionado en conjunción con su autor. Esta asociación estrecha entre el libro y el autor subraya la distinción

entre varias “realidades.” El segundo Quijote, el de ese otro autor, es una cosa obscena y torpe, según “nuestro” don Quijote. Los dos Quijotes existen a través de la palabra escrita—ni Sancho ni el Quijote puede negarlo aunque quieren hacerlo—pero sí pueden y sí quieren afirmar que un reconocimiento de los autores distintos sirve para distinguir a ellos de los falsos.

Esta terminología de lo falso y lo verdadero es muy complicada en este contexto. Sancho prefiere pensar que “todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño” (II: 577), pero no lo es. La apariencia al final de la segunda parte del personaje de Álvaro Tarfe hace imposible un rechazo completo del otro libro. Las palabras de Tarfe son interesantes porque dice él que “el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío...y en verdad en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasíadamente atrevido” (II: 576-577). Si bien es cierto que Tarfe y el otro Quijote son amigos buenos, también es verdad que el otro libro no es una cosa de sueño. Además, sabemos que Tarfe ha tocado “con la mano dos tan contrarios don Quijotes” (II: 579). Por eso entendemos mejor la confusión que resulta cuando la autenticidad y la verdad estén utilizadas como sinónimas. La escritura comprueba la presencia física de los dos libros (o sea, su autenticidad) pero no resuelve la cuestión de la veracidad de la historia misma.

Volver al tema del deseo versus realidad, vemos que el Quijote se aprovecha de la palabra escrita para llevar a cabo el deseo suyo de rechazar precisamente aquella autenticidad del otro libro. Claro, este deseo representa una imposibilidad, ya que los libros han sido publicados. No obstante, el Quijote emplea los servicios de un escribano para que Álvaro Tarfe declare que “no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente,

y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas” (II: 579). Después de esta declaración y su conversión en la escritura, don Quijote y Sancho están “muy alegres” (II: 579). El libro de Avellaneda no va a desaparecer nunca. Su propia circulación ya ha empezado, de modo que el Quijote no puede impedirla. Pero el acto de dictar y escribir una petición oficial para anular la realidad retratada en este libro a le deja el Quijote muy satisfecho. Otra vez, gracias a la palabra escrita, la distancia entre el deseo individual y la realidad ha quedado disminuido. El Quijote está contento de saber que él es el “único” Quijote, y la presencia (aunque ya confirmada) de otras versiones de sí mismo no valen.

Para concluir, volvemos al prólogo de la segunda parte. Descubrimos que el libro terminará en una manera específica:

esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en te doy a don Quijote dilatado, y, finalmente, muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios, porque bastan los pasados...(II: 37)

Es decir, don Quijote tiene por qué morir precisamente para proteger la memoria de él. Los testimonios pasados sirven bien para recordar el Quijote, y ellos no deben ir cambiando con el paso del tiempo. Esta preocupación por la memoria también es característica de la época, debido a, según Bouza Álvarez, “la posibilidad, y la necesidad, de crear una memoria de cosas, hechos, ideas, sentimientos o, sin más, de sí mismo era considerada un signo de humanidad.”¹²

La escritura convierte en el vehículo ideal para preservar esta memoria tan representativa de la

¹²Fernando J. Bouza Álvarez, “Escritura, propaganda y despacho de gobierno,” Antonio Castillo Gómez, comp. *Escribir y leer en el siglo de Cervantes* (Barcelona: Gedisa, 1999) 90.

humanidad. Las palabras de Sancho son proféticas cuando él dice que “antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas” (II: 574). Lo único aquí es que ya hemos visto que este mundo está cambiando, lo cual está claro cuando don Quijote—en su respuesta a Sancho—dice que “debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno, que sacó a luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido” (II: 574). Pero no todo es uno, y las palabras de Antonio Viera citadas de un sermón del año 1669 son llamativas: “El mejor retrato de cada uno es aquello que escribe...el cuerpo retrátase con el pincel...el alma con la pluma.”¹³ Se puede captar el alma a través de la pluma en la misma manera que hemos sido testigos a la transformación de lo efímero en lo concreto a través de la escritura. Los deseos de Sancho y Teresa están realizados y fijados en sus memorias para siempre gracias a las cartas que transforman promesas y posibilidades en hechos fiables. El por qué por haber escrito las cartas cambia depende del personaje, así que es evidente que los usos de la escritura son variados. Además, después de muchos fracasos y mucha desesperación, don Quijote puede sacar un poco de satisfacción al final de sus aventuras sabiendo que la escritura dice—y comprueba por cierto—que él mismo es el verdadero don Quijote. Una vez más las palabras de Chartier nos sirven para hablar de estos cambios:

Por un lado, en la Edad moderna la escritura administrativa y didáctica se volvió un instrumento fundamental del ejercicio del poder, de la imposición de los controles y de la inculcación de las conductas. Por otro lado, diseminó una cultura literaria ampliamente compartida, difundió el goce de la experiencia estética y plasmó los

¹³ Citado en Fernando Bouza Álvarez 88.

sueños o deseos de numerosos lectores.¹⁴

Esta cita subraya el poder de la escritura primero en las manos de la duquesa para crear su propia realidad propagandística; luego en las conductas “cultas” adoptadas por parte de Sancho y Teresa para realizar sus deseos; y al final en la cultura literaria capaz de reducir la distancia entre la ficción y la realidad. Es interesante recordar que el secretario de Sancho una vez le dice, “lo que el señor don Quijote escribe a vuestra merced merece estar estampado y escrito con letras de oro” (II: 51). Aunque podemos decir que la escritura no siempre resuelve las complicaciones en *Don Quijote*—sino que a veces las hace más complicadas—a lo mejor apreciamos el papel elevado que la escritura ha conseguido en este mundo. Letras de oro no sólo son muy visibles sino también objetos de valor, y al final son precisamente las características de la materialidad y la utilidad que sobresalen en estos ejemplos. Resulta que don Quijote si se queda “sepultado” en los archivos de la Mancha (según el deseo del autor del prólogo de la primera parte)¹⁵ precisamente porque su historia ha sido escrito, pero también porque la escritura ha convertido el deseo del inventor de nuestro caballero andante en el texto que sigue dando vida a este personaje ficticio.

¹⁴Roger Chartier, prólogo, *Entre poder y placer*, escrito por Roger Chartier (Madrid: Cátedra, 200) 11.

¹⁵ Me refiero a p.53 de la edición de Luis Andrés Murillo.

Bibliografía

- Bouza Álvarez, Fernando J. "Escritura, propaganda y despacho de gobierno." Antonio Castillo Gómez, comp. *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*. Barcelona: Gedisa, 1999.
- Cervantes, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo, Madrid: Castalia, 1978.
- Chartier, Roger. *Cultura escrita, literatura, e historia*. Ed. Alberto Cue. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- . *Entre el poder y el placer*. Madrid: Cátedra, 2000.
- Foucault, Michael. *The Foucault Reader*. Ed. Paul Rabinow. New York: Pantheon Books, 1984.
- Spiller, Elizabeth. *Cervantes avant la Leerte: The material transformation of romance reading culture in Don Quijote*. Modern Language Quarterly. 60.3 (1999): 298. Proquest. 26 Ab. 2005 <<http://proquest.umi.com/pqdlink>>.